

DANIEL
SANTUCHO
NAVAJAS

NIETO 133

MI CAMINO HACIA
LA VERDAD

 Planeta



DANIEL SANTUCHO NAVAJAS

NIETO 133

Mi camino hacia la verdad

BUSCAR

Daniel Enrique González toca el timbre del edificio de la Comisión Nacional por el Derecho a la Identidad (CONADI). El sol entibia su cara a pesar del aire frío de aquel miércoles de julio. En esos segundos de espera, repite las palabras que su psicóloga le dedicó instantes antes a través de un mensaje de WhatsApp: «Estás preparado, todo va a salir bien». Su cuerpo parece haber olvidado que la noche anterior no pudo dormir. Le pasa seguido: cuando la ansiedad lo invade, el insomnio se prolonga durante horas que él no se encarga de contar. Solo espera que en algún momento de la madrugada el sueño se abra paso y le conceda un rato de descanso. Cuando el amanecer comenzó a filtrarse por las cortinas del dormitorio, entendió que la luz de esa mañana marcaba el final del largo túnel. En la vereda porteña de la calle 25 de mayo, con las manos en los bolsillos de su campera inflable roja, Daniel Enrique González intenta organizar en su cabeza los eventos del día anterior.

A las 10 de la mañana, un auto gris se estacionó delante de la que fue su casa y hoy es la de sus hijas, en Burzaco, en el sur del conurbano bonaerense, a veinticinco kilómetros de la Ciudad de Buenos Aires. Un hombre de mediana edad esperó sentado al volante, con el motor apagado, a que en la cuadra hubiera algo de movimiento. Su plan era simple y un poco a trasmano de las costumbres que impone la tecnología: consultar entre los vecinos, como se hacía antes, por el paradero de Daniel. Había intentado contactarlo vía telefónica, pero el número parecía no corresponder a la persona que estaba buscando, con cierta urgencia. Aunque el hombre tenía experiencia en la materia, en el barrio de Burzaco todos advirtieron enseguida que se trataba de un extraño. ¿A qué venía? ¿Qué pretendía?

De pronto, el hombre vio por el espejo retrovisor que dos vecinas llegaban a su casa y abrían el portón para ingresar. Bajó del coche tranquilo, las saludó con cortesía y enseguida preguntó si conocían a «Dani». Ante la respuesta negativa, el hombre arriesgó otra posibilidad. Preguntó por «Enrique», incluso por «Quique», su forma corta. El hombre necesitaba encontrar a Daniel Enrique González, no tenía alternativa y no quería volver a la oficina sin haberlo ubicado: lo que intentaba hacer era muy importante, aunque no pudiera

explicar a nadie por qué. Como los intentos e insistencias transmitían falta de información, de un segundo a otro las vecinas se pusieron en alerta: «Váyase, por favor, o llamamos a la policía»; «Nadie con ese nombre vive en la casa que usted señala. Váyase». Y el equívoco escaló: las mujeres llamaron por teléfono a María, la exmujer de Daniel Enrique González, para dar aviso del intruso, y también al patrullero. A su vez, María, desde su trabajo, se comunicó desesperada con su padre, Miguel, para que se acercara a la casa a ver qué estaba pasando, pero, sobre todo, para asegurarse de que sus nietas, Camila y Milagros, que estaban solas, estuvieran bien.

Al doblar la esquina, apurado a bordo de su vehículo, Miguel se encontró con un móvil de la Policía Bonaerense y dos efectivos que parecían escuchar las explicaciones del hombre de mediana edad. Estacionó el coche sin maniobrar y se acercó a la escena, sin entender qué sucedía, alterado por la voz llena de preocupación y urgencia de su hija al teléfono. «¿Qué hacés acá? ¿Qué querés? ¿No ves que estás molestando? ¡Hay menores en la casa!», gritó nervioso Miguel hasta que uno de los agentes intervino para mediar. La respuesta a esas preguntas no eran fáciles. El extraño no podía ventilar el propósito de su misión, dado que no portaba un mensaje cualquiera. Era más bien el portavoz de una noticia que iba a cambiar la vida del destinatario. Poseía un

dato clave, que había estado oculto durante décadas. Un llamado de la historia.

Entonces volvió a presentar sus credenciales como había hecho instantes atrás. «Señor, yo trabajo en el Ministerio de Justicia y estoy buscando a Daniel Enrique González. No me interesa nada más. Por favor, quédese tranquilo», dijo con certeza y claridad profesional para apaciguar aquella postal suburbana de malentendidos y así continuar con una búsqueda que parecía no tener final. Convocadas por el revuelo, las caras de Camila y Milagros se asomaban detrás de las cortinas de la ventana de su casa mientras observaban la grandilocuencia de todo el desencuentro con sus cabecitas llenas de preguntas.

Resuelta esa primera situación, que no previó en absoluto, el hombre de mediana edad emprendió camino hacia otro domicilio. Era su segunda alternativa, y esperaba que fuera la última y que no se repitieran las complicaciones que por poco lo dejan demorado en la comisaría. Debía ser persistente, no tenía pensado regresar a su oficina sin haber notificado a Daniel Enrique González, algo que le hubiera gustado hacer a través de un simple mensaje de WhatsApp.

A unas diez cuadras, siguiendo las indicaciones de Google Maps, el auto gris volvió a detenerse. El paisaje del barrio era similar, aunque con casas más deterioradas. A pesar de haber hecho esto muchas veces, el hombre volvió a repasar su repertorio y decidió acercarse a la

verdulería que estaba en el frente del domicilio que tenía apuntado. Saludó cordial, compró un kilo de manzanas rojas y aprovechó el momento de pagar para sacar charla y volver a preguntar: «¿Conocen a Daniel? ¿Vive acá?». Como sincronizadas, las personas que atendían el local le respondieron con gestos negativos, hombros encogidos y comisuras hacia abajo. El hombre esta vez prefirió no insistir, y en cambio les dejó su número de teléfono, acaso sospechando que sí podían ayudarlo, pero algo o alguien les impedía hacerlo. Al retirarse vencido hacia su auto, advirtió una silueta en la ventana de la casa y entendió que, de todos, estaba en el peor lugar para encontrar a Daniel Enrique González: un anciano, con la mirada turbada y un dejo de lo que en otras épocas habría sido furia, parecía haber estado observando sus movimientos. Sabe lo que pesa en el cuerpo la mirada inquisidora de un apropiador.

En el auto, incansable, decidió cambiar la estrategia: a esa hora de la mañana, un miércoles cualquiera como aquel, su objetivo debía estar no en su casa sino en el trabajo. Hizo un llamado, consultó a través del teléfono y en cuestión de minutos obtuvo una tercera y nueva dirección, a pocos kilómetros de allí. Era la primera vez en el día que sentía que la suerte se acomodaba de su lado; sabía que las chances de que Daniel tuviera un trabajo registrado, que figurara en los sistemas a los que él tenía acceso, eran pocas. Sin embargo, fueron suficientes.

Apenas entró al mayorista de limpieza Gran Tornado, sobre la avenida Monteverde, el saber popular se lo recordó: la tercera es la vencida. Tenía con él una foto de Daniel, que miraba por reflejo, pero desde donde estaba, del lado de afuera de la línea de cajas, solo pudo ver los abrigos de polar y los pantalones azules que los empleados usaban como uniforme. Repasó con la mirada caja por caja, descartó una, dos, tres personas, hasta que el perfil de Daniel se desplegó con toda su verdad. Al instante, supo que era él, y tenerlo a pocos metros confirmó que las aventuras de la mañana habían valido la pena. No pudo esperar a que el cliente finalizara con su compra para acercarse.

Abstraído en su quehacer diario, Daniel pensó que lo abordaba un cliente que quería quejarse, una situación que no era habitual, pero que en el mayorista podía suceder. El hombre le dijo que era Manuel Gonçalves y enseguida, como para capturar parte de la atención puesta en el trabajo, aclaró: «Vengo por un trámite que hiciste». A Daniel no se le cruzó por la cabeza la verdadera razón por la que había aparecido ese visitante inesperado. Por el contrario, se acordó que hacía poco tiempo le habían hackeado el teléfono celular y aquella irrupción podía ser parte de una estafa o producto del robo de identidad digital, algo que ocurre cada vez más seguido. «Mirá, no me acuerdo de qué trámite me habías, pero dejame terminar acá y hablamos», propu-

so Daniel mientras pasaba productos por el lector de la caja e intentaba recapitular.

Pocos minutos después, se encontraron en la playa de estacionamiento. Era una mañana típica de julio, de mucho frío y con un poco de viento, por lo que ambos llevaban la campera cerrada hasta arriba. Con desconfianza, incluso a la defensiva, Daniel preguntó directo por qué lo buscaba. Entonces Manuel, al fin, después de todas sus peripecias, pudo presentarse como debía y decir, con alivio, que era un representante de la CONADI. El espacio entre ambos cobró otra dimensión y recién entonces Daniel entendió de que se trataba del trámite que había iniciado para cambiar su vida, que si habían ido a buscarlo hasta ahí, era porque había resultados. Le dio indicaciones a Manuel, que lo aguardó en el serviclub de la estación de servicio del otro lado de la avenida a que terminara su turno, con un café humeante entre las manos. Después de todo, con paciencia o ansiedad, diez minutos no eran demasiado en comparación a una espera de más de cuarenta años por conocer la verdad.

Antes de sentarse cara a cara, con algo de temor, Daniel también se compró un café. Ya llevaba su ropa de todos los días, y ya había contestado los mil mensajes que María había enviado más temprano a su celular, durante el entrevero policial. Manuel Gonçalves, leyendo la desconfianza de su interlocutor, volvió a presentarse. Esta

vez, sin embargo, decidió mostrarle su documento y una credencial que constataba quién era.

Por cuestiones de protocolo, no podía decirle a Daniel todo lo que su corazón hubiera querido, pero encontró la fisura de silencio en la conversación para pedirle que lo acompañara, que era necesario ir hasta la oficina de la CONADI para que él y su equipo pudieran hablar con él: «Tenés que venir conmigo». Daniel no sabía cómo decirlo, pero lo dijo a su pesar, y a pesar de la importancia que parecían tener las cosas: «No puedo», deslizó contrariado pero firme. El gesto de Manuel se transformó en uno de incredulidad. Su experiencia le demostraba que había muchas formas de reaccionar a la potencial resolución de una incógnita de vida: hay quienes lo niegan, quienes no quieren oír los resultados, no quieren reconocerlos o les lleva mucho tiempo. Pero en ese instante no pudo recordar otra persona que, con la misma frialdad que Daniel, le dijera simplemente «no puedo». Intentó negociar, le ofreció llevarlo y volver a traerlo a zona sur, donde vivía, pero Daniel sabía que no le daban los tiempos y, además, estaba determinado: no podía fallarle a su hija menor el día de su cumpleaños número nueve. «No vas a poder dormir», dijo Manuel ya resignado, como si hubiera sabido que la falta de sueño agobiaría a Daniel esa misma noche.

* * *

Al fin una voz atraviesa el portero. Cuando pregunta quién es, Daniel Enrique González despeja su garganta y dice su nombre, en ese momento no se da cuenta de que aquella sería la última vez. Ya en el ascensor se mira al espejo y, detrás del puñado de nervios que se atorán en su pecho, logra encontrar una imagen de paz: se reconoce como un hombre dispuesto a escuchar las respuestas que busca desde hace tiempo. Esa claridad lo tranquiliza, lo hace sentir orgulloso. Sabe que está en el abismo de un hecho importante cuando la puerta de la oficina se abre y aparece la sonrisa conocida de Manuel, que contiene una mezcla de satisfacción y nerviosismo. Le dice que lo estaban esperando, pese a que llegó puntual, muy puntual, algo raro en Daniel Enrique González. La mañana se había portado bien con él: el tren de Burzaco a Constitución no se había demorado y el tramo en subte había fluido ágil y con tranquilidad. Todos parecían ser cómplices de lo que latía y debía suceder en la oficina de la CONADI. Pero él no dejaba de sentirse ajeno en esa ciudad con la que nunca se había familiarizado, incluso en ese momento en el que iba en busca de algo tan propio como su verdadera historia. La suya, sí, pero también la de sus padres.

De la recepción pasaron juntos a una sala con una mesa grande, rodeada de sillas, donde aguardaba Claudia Carlotto, hija de Estela y directora de la institución. Entonces, las presentaciones de rigor. «¿Es él?», pregun-

ta ella. «Sí, es él», contesta Manuel y también esgrime un comentario gracioso, para descontracturar, sobre la ajetreada jornada anterior, y pregunta cómo fue el cumpleaños de Milagros. Daniel Enrique González despliega su sonrisa, ancha y blanca, un gesto que achina también sus ojos claros. No le cuesta, siempre fue un tipo simpático, pero ahora, aunque lo disimule, no quiere que nada lo demore. Un asunto mucho mayor que él lo inquieta, algo mucho más urgente: la resolución de una incógnita que se formó dentro suyo durante décadas, una duda que creció consigo hasta tomar una dimensión propia, insoportable.

Daniel Enrique González se aferra a la forma con la que Manuel y Claudia manejan la situación. Piensa en las veces en que deben haber hecho eso mismo en el pasado, las veces que sentaron a una persona como él en busca de su identidad para decirle quién era y, por defecto, quién ya no era. Confía en la seriedad de su trabajo, pero también sabe leer que están contentos, una sensación que se trasluce en la manera animada en que lo miran. Se aferra a esa sensación, pero un sinfín de preguntas lo asaltan y no puede contener la ansiedad.

Claudia tiene delante suyo un expediente, papeles ordenados dentro de una carpeta de cartón marrón. La abre y elige solo algunos. Estira su brazo sobre la mesa para deslizar unas hojas impresas, con unos gráficos en tintas de colores que Daniel no termina de entender.

Mientras tanto, con un tono dulce y experimentado, casi docente, Claudia le explica que esos son los resultados de su ADN, que su muestra de sangre, la que le tomaron el 28 de abril en el laboratorio del Banco de Datos Genéticos, sobre la avenida Córdoba, se había cruzado con la base de datos de la Comisión y arrojó una coincidencia del 99,5 % con otro perfil. «Con ese porcentaje, no hay margen de error», asegura Claudia. «A vos también te estuvieron buscando», agrega Manuel. Solo escuchar esa expresión tan simple y directa, a Daniel le resignifica la vida. Al mismo tiempo que se entera de que el nombre de su madre era Cristina Silvia Navajas y el de su padre Julio César de Jesús Santucho, Daniel Enrique González deja de existir.

Desde ese día, a partir de ese momento, mi nombre es Daniel Santucho Navajas.